

Cura le dixo, que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabáron de cenar, levantáron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Mari-tórnés aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zorayda: á lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecelle, le contaría. El Cura y todos los demas se lo agradeciéron, y de nuevo se lo rogáron, y él viéndose rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén Vuestras Mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podría ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse.

Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sus cesos.

En un Lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casa-

do, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenía eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que según él decía, no podía irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadvoso, que fué privarse de la hacienda, sin la qual el mismo Alexandro pareciera estrecho, y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendáis desde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda quatro partes, las tres os daré á vosotros á cada uno lo que le to-

care, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el Cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real*, como si mas claramente dixera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la Iglesia, ó navegue exercitando el arte de la mercancia, ó entre á servir á los Reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de Rey, que merced de Señor*. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto:

y mandándome á mí por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en él á Dios, y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor y á lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Asi como acabamos de concordarnos y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dixo, puso por obra quanto nos había prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fuéron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad, que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él, que

de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que había menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi exemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedáron quatro mil ^{so} en dineros, y mas tres mil, que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos, ó adversos. Prometimoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que había una nave ginovesa, que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viage á Génova, fui desde allí á Milan, donde me aco-

modé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandria de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé proposito, fuime con el, servile en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hórnos, alcancé á ser Alférez de un famoso Capitan de Guadaluara llamado Diego de Urbina, y acabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el qual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debaxo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto, que venia por General desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo qual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba, y aunque tenia barrantos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promo-

vido á Capitan, lo quise dexar todo y venirme, como me vine, á Italia: y quiso mi buena suerte, que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho Capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos: y aquel dia, que fué para la christiandad tan dichoso, porque en el se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los christianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchali Rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la Capitana de Malta,

que solos tres caballeros quedáron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la Capitana de Juan Andrea á socorrerla, en la qual yo iba con mi Compañía, y haciendo lo que debía en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindiéron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir, que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fuéron quince mil christianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada tur-

quesca, porque todos los Leventes ⁵¹ y Genízaros que en ella venian, tuvieron por cierto, que les habian de embestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el Cielo lo ordenó de otra manera; no por culpa, ni descuido del General que á los nuestros regia, sino por los pecados de la christiandad, y porque quiere y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roxa. Tomóla la Capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido Capitan Don Alvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz: y no quiero dexar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Bar-

ba Roxa, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo viéron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltáron todos á un tiempo los remos, y asíéron de su Capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le diéron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenían. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella, como el señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reyno á los Turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas, que de volver á reynar en el tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y quatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dexado medio levantado el señor Don Juan. En todos es-

tos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las quales plazas hubo de soldados Turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y Alárabes de toda la África mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudiéran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus adensores, los quales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostro la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantáron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirádoles á caballo ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los

nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados ¿como podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y como es posible dexar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el Cielo hizo á España, en permitir que se assolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia, ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V. como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, peleáron tan valerosa y fuertemente, que pasáron de veinte

y cinco mil enemigos los que matáron en veinte y dos asaltos generales que les diéron. Ninguno cautiváron sano de trecientos que quedáron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte, ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanoquera, caballero Valenciano y famoso soldado. Cautiváron á Don Pedro Puertocarrero General de la Goleta, el qual hizo quanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla pérdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautiváron asimismo al General del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero Milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Muriéron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las quales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de S. Juan, de condicion generoso, como lo mostró su suma liberalidad, que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos Alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de lle-

varle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó casa, que en aquellas riberas tienen los Ginoveses, que se exercitan en la pesquería del coral, los quales Alarabes le cortaron la cabeza y se la truxeron al General de la armada turquesca, el qual cumplió con ellos nuestro reñran castellano: que *aunque la traycion aplace, el traydor se aborrece*: y así se dice, que mandó el General ahorcar á los que le truxeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los christianos que en el fuerte se perdiéron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de que Lugar del Andalucía, el qual habia sido Alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesia. Dígolo, porque su suerte le truxo á mi galera y á mi banco y á ser esclavo de mi mesmo patron: y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el Cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus ca-

maradas; y todos tres se sonrieron ⁵², y quando llegó á decir de los sonetos, dixo el uno: ántes que Vuestra Merced pases adelante, le suplico me diga, que se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el Cautivo, que al cabo de dos años que estubo en Constantinopla, se huyó en traje de Arnaute con un Griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro Lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues Vuesa Merced, dixo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decía así.

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

*Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrásteis,
Desde la baxa tierra os levantásteis
A lo mas alto y lo mejor del cielo.*

*Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitásteis,
Que en propia y sangre agena colorásteis
El mar vecino, y arenoso suelo.*

*Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:*

*Y esta vuestra mortal triste caída,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el Cielo gloria.*

Desa mesma manera le sé yo, dixo el Cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el caballero, dice así:

SONETO.

*De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subiéron vivas á mejor morada.*

*Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Diéron la vida al filo de la espada.*

*Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:*

*Mas no mas justas de su duro seno
Habran al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.*

No pareció mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le diéron, y prosiguiendo su cuento, dixo: rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos diéron orden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la mináron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al qual llamaban *Uchalí*

Fartax, que quiere decir en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*; porque lo era, y es costumbre entre los turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que decien de la Casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, roman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y quatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofetón, y por poderse vengar dexó su fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser General de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nación, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que lleo á tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartieron como el lo dexo en su testamento entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren), y entra á la parte con

los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete ⁵³ de una nave, le cautivó el Uchali, y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó á ser muy rico, y á ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon, ni ventura: y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y quando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prison, ó casa, que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos christianos, así los que son del Rey, como de algunos particulares, y los

que llaman del Almacén, que es como decir, cautivos del Concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del común, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. También los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar, y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixé mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pudiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusieronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por

de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oír y ver á cada paso las jamas vistas, ni oídas crueldades que mi amo usaba con los christianos. Cada día ahorcaba al uno, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el qual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez: y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caían las ventanas de la casa de un morrico y principal, las quales, como de or-

dinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acació pues, que un día estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas christianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandiendo y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Mirámos en ello, y uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó alzaron la caña, y la movieron á los dos lados, como si dixeran, *no*, con la cabeza. Volvióse el christiano, y tornáronla á baxar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debaxo de la caña, la dexáron caer, y dió

á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el qual vi un nudo, y dentro dél venian diez cianis, que son unas monedas de oro baxo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar, de donde podia veniros aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decían que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salía una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos, ó imaginamos, que alguna muger que en aquella casa vivia, nos debía de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos, hecimos ⁵⁴ zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacáron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volviéron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna christiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la

qiv

mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginámos que debía de ser christiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus mesmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince días en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procurámos con toda solicitud saber, quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna christiana renegada, jamas hubo quien nos dixese otra cosa, sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, Alcayde que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas quando mas descuidados estábamos, de que por allí habian de llover mas cianis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hecimos ^{ss} la acostumbra-

da prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo, la dexáron caer. Desaté el nudo, y hallé quarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hecimos ^{so} todas nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerráron la ventana. Quedámos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puestas prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de volverse á tierra de christianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á christianos, y que

lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de christianos, si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen, que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el qual era de quedarse en tierra de christianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y quando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destes papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de christianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos quanto era posible: y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él, le dixé que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirán-

dole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: dixome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dixo: todo lo que va aqui en romance, sin faltar lerra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Virgen María*. Leímos el papel, y decia asi:

Quando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la qual en mi lengua me mostró la Zala christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Márien. La christiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dixo que me fuese á tierra de christianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo como vaya: muchos christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Márien me

dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de ningún moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.

Mirad, señores, si era razon, que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen: y así lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió, que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fíásemos dél, y se lo dixésemos, que el aventuraria su vida por nuestra libertad: y diciendo esto, sacó del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo quanto quisiésemos des-

cubrirle, porque le parecia y casi adevinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivia. Acordámos ansimesmo que seria bien responder al billete de la Mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fuéron las que diré, porque de todos los puntos substanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto lo que á la Mora se le respondió fué esto:

El verdadero Alá te guarde, señora

mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas a tierra de christianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte a entender, como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si hará. De mi parte y de la de todos estos christianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dexes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un christiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres a tierra de christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen christiano, y sabe que los christianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días á que estuviese el baño solo como solia, y luego sali al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quien

la ponía, mostré el papel como dando á entender, que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al qual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dexáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta veces mas dobláron nuestro contento y confirmáron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dixo, que habia sabido, que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agimoráto, riquísimo por todo extremo, el qual tenía una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia, y que muchos de los Vireyes que allí venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo, que tuvo una christiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo qual concertaba con lo que venia en el papel. Entrámos luego en consejo con el renegado, en que órdén se tendria para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de christianos, y en fin se acordó

porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazón habia acaecido á unos caballeros christianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir, que lo que se podia y debía hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al christiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo el señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Quanto mas que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consentien que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere si-

no para irse á tierra de christianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osámos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y así determinámos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado: y en aquel mesmo punto se le respondió á Zorayda, diciéndole que haríamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia, que el primer

juma, que es el viérnes, se iba al jardín de su padre, y que ántes que se fuese, nos daría mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daría quanto le pidiésemos, que su padre tenía tanto que no lo echaría ménos, quanto mas, que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer baxel que viniere de Valencia pagaría mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey, que había muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo había callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves ántes del viérnes que la hermosa Zorayda se había de ir al jardín nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíe en breves palabras, que

así lo haría y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Mártien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado. Hecho esto, diéron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues había dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo, que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

No se pasaron quince días, quando ya nuestro renegado tenía comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje